

La vida de los católicos en la retaguardia republicana (1936-1939). El caso de los miembros del Opus Dei

José Luis GONZÁLEZ GULLÓN

Quizá el elemento más negativo y sangriento de la guerra civil española deba buscarse no tanto en el frente de batalla como en la represión que se produjo en la retaguardia. Los asesinatos y vejaciones en ambas zonas de la contienda se prolongaron, con acentos diversos, hasta el final del conflicto¹.

Los motivos de la violencia contra las personas y contra los bienes muebles e inmuebles son múltiples. En unos casos, se reprimió a personas conocidas por venganzas, odios y envidias entre familias, vecinos y compañeros de trabajo. En otros casos, se represalió a desconocidos por motivos políticos, religiosos o culturales. Tener un modo de vida o una forma de pensamiento diverso fue motivo suficiente para ser asesinado, encarcelado o declarado desafecto.

Este artículo analiza una forma particular de represión, la que se dio por motivos religiosos en la retaguardia republicana². Concretamente nos fijamos en los miembros del Opus Dei. Un estudio de la vida de esos

¹ Cf. Santos JULIÁ, *Víctimas de la guerra civil*, Madrid 1999; Francisco ESPINOSA, *Violencia roja y azul. España, 1936-1950*, Barcelona 2010.

² Cf. José Luis LEDESMA, «Enemigos seculares: la violencia anticlerical (1936-1939)», en Julio DE LA CUEVA y Feliciano MONTERO, *Izquierda obrera y religión en España*, Alcalá de Henares 2012, pp. 147-192; José Luis LEDESMA, «*Delenda est Ecclesia*. Sulla violenza anticlericale e la Guerra civile del 1936», en Alfonso BOTTI, *Clero e guerre spagnole in età contemporanea (1808-1939)*, Soveria Mannelli 2011, pp. 309-332; Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa en España. 1936-1939*, Madrid 1999.

hombres y mujeres puede favorecer el análisis *macro* de la violencia en la guerra civil. La abundante documentación conservada permite realizar un estudio riguroso sobre el modo en el que vivieron y reaccionaron ante la represión³.

En el verano de 1936, esta institución de la Iglesia católica daba sus primeros pasos. Fundada ocho años antes por el sacerdote José María Escrivá, era poco conocida, incluso dentro de la Iglesia española. Concretamente, contaba con veintiún varones —casi todos jóvenes profesionales o estudiantes universitarios— y cinco mujeres, con edades comprendidas entre los cuarenta y dos y los dieciséis años⁴. Junto a los miembros de la Obra⁵, unos dos centenares de estudiantes católicos de la Universidad de Madrid habían acudido a la Residencia DYA (Derecho y Arquitectura). La nueva sede de esta residencia, situada en la calle Ferraz, era la única propiedad de que disponían algunos miembros del Opus Dei para propagar su mensaje cristiano a través de diversas actividades académicas, culturales y religiosas. Todos se sentían unidos por el mensaje que transmitía el fundador del Opus Dei. En cambio, se diferenciaban por su procedencia social, estudios y pensamiento político y cultural⁶.

Cuando empezó la guerra, nueve varones y las mujeres del Opus Dei residían en Madrid, cinco jóvenes estaban desperdigados por el Levante, uno en Molina de Aragón (Guadalajara) y otro en Daimiel (Ciudad Real). En la zona rebelde quedaron, en cambio, cinco estudiantes. Teniendo en cuenta que un joven pasó a la zona sublevada en agosto de 1936 y que las mujeres permanecieron en casa de sus familiares, con un contacto espo-

³ Sobre el inicio del Opus Dei y el primer desarrollo de sus actividades, cf. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, I, Madrid 1997; José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*, Madrid 2016. La mayor parte de las fuentes que hemos empleado provienen del Archivo General de la Prelatura del Opus Dei (Roma). Lo citaremos con las siglas AGP.

⁴ Algunos se habían incorporado de modo definitivo al Opus Dei, otros de modo temporal y varios habían solicitado la admisión poco antes de julio de 1936: cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*, o. c., pp. 11-13.

⁵ En los años treinta, José María Escrivá utilizaba la expresión *la Obra de Dios* o, sencillamente, *la Obra*. Después de la Guerra Civil usó la versión latina *Opus Dei*. En nuestro artículo empleamos indistintamente estas denominaciones sinónimas.

⁶ Cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*, o. c., pp. 477-482.

rádico con Escrivá, nuestro estudio analiza el recorrido de quince varones más el fundador. Como aparecerán varias veces en este estudio, ofrecemos sus nombres, edad y algún dato biográfico, de acuerdo con su situación personal el 18 de julio de 1936⁷:

- José María Escrivá Albás, 34 (2-X-1928), Madrid, rector del Patronato de Santa Isabel y capellán de la Residencia DYA.
- Isidoro Zorzano, 33 (24-VIII-1930), Madrid, ingeniero de la Compañía de Ferrocarriles Andaluces.
- José María González Barredo, 30 (19-II-1933), Madrid, profesor en el Instituto de Plasencia.
- Miguel Bañón Peñalba, 29 (4-V-1934), Madrid, médico.
- Manuel Sainz de los Terreros Villacampa, 28 (16-VI-1933), Madrid, ingeniero de la constructora Alejandro San Román.
- Ricardo Fernández Vallespín, 25 (4-XI-1933), Valencia, profesor en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.
- Juan Jiménez Vargas, 23 (3-I-1933), Madrid, médico.
- Álvaro Portillo y Díez de Sollano, 22 (7-VII-1935), Madrid, estudiante de la Escuela Superior de Ingeniería de Caminos.
- José María Hernández Garnica, 22 (28-VII-1935), Madrid, estudiante de la Escuela Superior de Ingeniería de Minas.
- Eduardo Alastrué del Castillo, 22 (26-II-1936), Madrid, estudiante de la Escuela Superior de Ingeniería de Minas.
- Miguel Fisac Serna, 22 (29-II-1936), Daimiel (Ciudad Real), estudiante de la Escuela Superior de Arquitectura.
- Pedro Casciaro Ramírez, 21 (23-XI-1935), Torrevieja (Alicante), estudiante de la Facultad de Ciencias Exactas y de la Escuela Superior de Arquitectura.
- Francisco Botella Raduán, 21 (29-XI-1935), Valencia, estudiante de la Facultad de Ciencias Exactas y de la Escuela Superior de Arquitectura.
- Enrique Espinós Raduán, 21 (22-IV-1936), Valencia, estudiante de la Facultad de Medicina.
- Rafael Calvo Serer, 20 (22-IV-1936), Valencia, estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras.

⁷ En la lista, ordenada según la fecha de nacimiento, se indica el nombre, la edad en julio de 1936, la fecha de incorporación al Opus Dei entre paréntesis, la ciudad en la que se encontraba el día que dio inicio la guerra civil, y el trabajo o estudios que realizaba.

- Vicente Rodríguez Casado, 18 (13-IV-1936), Madrid, estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras.

Escondites

En julio de 1936, el fundador y algunos miembros de la Obra que no habían salido de vacaciones estivas acondicionaban la Residencia DYA de modo que estuviese lista para el inicio del siguiente curso académico. El día 18, cuando limpiaban las paredes de un salón, contemplaron movimiento de tropas en el Cuartel de la Montaña, situado enfrente, al otro lado de la calle Ferraz. En la jornada siguiente vieron cómo entraba en el establecimiento militar el general Fanjul y cómo los guardias y milicianos rodeaban el recinto. En la mañana del lunes 20 se produjo el asalto al Cuartel de la Montaña. Fallecieron más de noventa militares, más defensores que atacantes. En ese momento, José María Escrivá —que estaba escondido en el sótano de DYA— dio la bendición a Zorzano, González Barredo y los dos camareros de la casa. Luego salieron por la puerta de atrás y cada uno se dirigió a casa de sus familiares. Provisto de un mono de trabajo, don José María caminó hasta la casa de su madre. Los milicianos no advirtieron la tonsura que llevaba en su cabeza⁸.

Con el asalto al Cuartel de la Montaña y la noticia de que Madrid quedaba en manos de las fuerzas del Frente Popular, la fiebre revolucionaria se desató en la ciudad. Comenzó una singular revolución social que, si bien vivió un carácter espontáneo en sus primeros momentos, se encauzó pronto a través de los llamados comités revolucionarios libertarios, socialistas y comunistas. Un objetivo común para todos fue la eliminación del enemigo político. Bajo el término *fascista o reaccionario* agruparon a los líderes sociales del régimen establecido, como los militares y policías, el clero, los dirigentes de partidos de derechas y los hombres pudientes.

Las personas de la Obra no sufrieron represión por pertenecer a esa institución sino porque eran católicos. Con horror, asistieron al asesinato del clero y de católicos señalados, a la incautación o cierre de los inmuebles eclesiásticos, a la eliminación del culto público, a la marginación social de los creyentes. Desde el primer momento, la disyuntiva para un clé-

⁸ La historia pormenorizada de la vida del Opus Dei en la retaguardia republicana puede verse en José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *Escondidos. El Opus Dei en la zona republicana durante la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid 2018.

rigo o católico señalado en la retaguardia republicana se concretó en el escondite o la muerte violenta.

El fundador, José María Escrivá, se vio amenazado de muerte por su condición de sacerdote. Los comités socialistas, comunistas y anarquistas persiguieron de modo sistemático y racional la aniquilación del clero⁹. Concretamente, en Madrid capital residían mil setecientos sacerdotes —mil cien seculares y seiscientos regulares— en julio de 1936. Setecientos cuatro —el 41,4 por ciento del total— murieron asesinados¹⁰. El 95,1 por ciento de estos crímenes se produjo durante el segundo semestre de 1936. Si lo comparamos con el resto de la sociedad, el clero fue el grupo socio-profesional que sufrió más *paseos* —ejecuciones en cementerios o descampados— en el Madrid republicano, con el 18,11 por ciento del total de asesinatos cometidos¹¹.

⁹ España tenía unos treinta mil presbíteros seculares y unos diez mil religiosos varones en julio de 1936. Según Montero Moreno, 6806 clérigos —el diecisiete por ciento del total— fueron asesinados durante la guerra civil (entre ellos, doce obispos y un administrador apostólico); a estas personas hay que sumar otros 249 seminaristas y 283 religiosas: cf. Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa en España. 1936-1939, o. c.*, pp. 760-763. Si nos centramos solamente en la zona republicana, donde vivían aproximadamente la mitad de los clérigos —unos veinte mil—, el porcentaje de clero masculino asesinado asciende hasta el treinta y cuatro por ciento, un tercio del total. Estas cifras han sido retocadas, al alza, en tiempos recientes: cf. Ángel David MARTÍN RUBIO, *La Cruz, el perdón y la gloria. La persecución religiosa en España durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Madrid 2007.

¹⁰ Los revolucionarios asesinaron a trescientos seis seculares y a trescientos noventa y ocho regulares en Madrid capital. Estas estadísticas han sido elaboradas con la bibliografía sobre el particular y con setecientos veintinueve expedientes personales de sacerdotes residentes en Madrid en 1936 que se conservan en el Archivo Histórico de la Diócesis de Madrid y en el Archivo de Curia de la Archidiócesis de Madrid: cf. José Luis ALFAYA, *Como un río de fuego. La persecución religiosa en Madrid en 1936*, Madrid 2017, pp. 23-24; José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *El clero en la Segunda República. Madrid, 1931-1936*, Burgos 2011, pp. 24 y 471.

¹¹ Cf. Javier CERVERA, *Madrid en Guerra. La ciudad clandestina (1936-1939)*, Madrid 1998, p. 76. El *paseo* era un eufemismo usado para designar las ejecuciones dictadas por los tribunales revolucionarios. Después de las ejecuciones, los cadáveres eran fotografiados. Las imágenes se exponían en la Dirección General de Seguridad para que los familiares pudieran reconocer a sus allegados. Cf. Julius RUIZ, *El Terror Rojo. Madrid 1936*, Barcelona 2012, pp. 147-165; Javier CERVERA, «Violencia en el Madrid de la Guerra Civil: los paseos (julio a diciembre de 1939)», *Studia historica. Historia contemporánea* 13-14 (1995) 63-82.

Escrivá salvó la vida gracias a Juan Jiménez Vargas. Recién licenciado en Medicina por la Facultad de Madrid, Jiménez Vargas era un hombre decidido que había militado en la Agrupación Escolar Tradicionalista. Cuando estalló el conflicto asumió como misión propia la protección del fundador. El 29 de julio se trasladó a vivir a casa de la familia Escrivá, en la calle Doctor Cárceles. Semana y media más tarde —9 de agosto—, Jiménez Vargas supo que el piso de la familia Escrivá había sido denunciado a los milicianos y que podían sufrir un registro. De inmediato, salió a la calle con José María Escrivá. Comenzó entonces una larga fuga de dos meses en la que ambos residieron en cinco casas particulares, en su mayoría de familiares de miembros de la Obra. Cambiaban de domicilio cuando les llegaban noticias de posibles registros.

El resto de miembros de la Obra eran laicos. Confundidos ante la violencia revolucionaria que se desató, permanecieron desde los primeros compases de la guerra en casas de sus respectivos familiares. Algunos supieron que los milicianos les buscaban por haber participado en actividades confesionales. Fue el caso de Isidoro Zorzano, que había sido tesorero de la junta diocesana de Acción Católica de Málaga. Durante los meses de verano no salió de su domicilio en Madrid porque los milicianos andaluces habían advertido a los madrileños para que lo asesinaran. Algo semejante ocurrió con Rafael Calvo Serer, antiguo presidente de la Federación Regional de Estudiantes Católicos de Valencia. Nada más empezar la guerra buscó refugio en casa de unos familiares que vivían en Alcalá (Valencia).

En los primeros días de la guerra se pensaba que se resolvería en breve espacio de tiempo. Por este motivo, las primeras estrategias de supervivencia frente a la furia revolucionaria se concretaron en la permanencia en los domicilios familiares. Pero, con el pasar de las semanas, se supo que las milicias aplicaban el terror de modo sistemático y que la contienda se alargaba. Entonces, los miembros de la Obra, como tantas otras personas que se sentían amenazadas, viraron hacia fórmulas de refugio que fuesen más seguras y permanentes. Por ejemplo, José María Escrivá permaneció escondido entre octubre de 1936 y marzo de 1937 en un sanatorio psiquiátrico en la Ciudad Lineal; Álvaro Portillo se asiló en la legación de Finlandia a principios de octubre de 1936; y Vicente Rodríguez Casado se refugió con su padre en legación de Noruega el 19 de octubre.

El caso del fundador resulta singular. El 7 de octubre de 1936 se alojó en la llamada Casa de Reposo y Salud, un sanatorio psiquiátrico privado con capacidad para veintitrés pacientes. Cuando José María Escrivá llegó allí, en poco tiempo comprobó que solo siete de los pacientes ingresados estaban desequilibrados; el resto eran refugiados. Entre otros, estaban escondidos los marqueses de las Torres de Orán y un pretendiente al trono de Grecia, el príncipe Alejandro, de la familia Láscaris. Todos tenían que hacerse el loco ante el personal sanitario del sanatorio que era partidario del Frente Popular. En su caso, Escrivá disimuló un delirio paranoide que le llevaba a repetir con frecuencia que era el doctor Gregorio Marañón.

Para los miembros del Opus Dei que permanecieron en los domicilios familiares, el escondite se hizo cada vez más complejo. Por una parte, el Gobierno republicano estableció el reclutamiento forzoso. Ya en fecha temprana, como fue el 31 de julio de 1936, convocó a los jóvenes españoles de veintitrés y veinticuatro años. Y en los meses siguientes convocó a nuevas quintas, de modo que a mediados de 1937 los mozos que tenían entre veintidós y veintiséis años debían estar alistados al Ejército¹². Estas medidas afectaban a casi todos los jóvenes de la Obra. Por otra parte, los registros de los milicianos en casas particulares dieron con algunos de ellos.

Los milicianos detuvieron a tres miembros del Opus Dei en sus domicilios y los encarcelaron: Manuel Sainz de los Terreros ingresó en la Cárcel de Porlier el 2 de septiembre; Jiménez Vargas fue recluido en el mismo centro el 16 de octubre; y José María Hernández Garnica fue conducido a la Cárcel Modelo el 1 de noviembre.

Álvaro Portillo acabó también en prisión. El 4 de diciembre, guardias de asalto y milicianos asaltaron la legación de Finlandia, en la que estaba refugiado, y lo internaron en la Cárcel de San Antón. Sufrió, como los demás, la falta de alimentación e higiene, a la que se unieron algunas torturas. En San Antón, un miliciano carcelero, Santiago del Amo —alias Petrof— se ensañaba de modo particular con los religiosos, a los que golpeaba con la culata del fusil exigiéndoles que blasfemaran¹³. Portillo recordaba su experiencia del terror: «Entonces llevaba gafas, y alguna vez

¹² Cf. James MATTHEWS, *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la guerra civil, 1936-1939*, Madrid 2013, pp. 54-74.

¹³ Cf. *Causa General*, 1526, Exp. 3, f. 42 (se puede acceder a la Causa General en Internet a través del Portal de Archivos Españoles PARES).

se me acercó uno de los guardas —le llamaban Petrof—, me ponía una pistola en la sien y decía: “Tú eres cura, porque llevas gafas”. Podía haberme matado en cualquier momento»¹⁴.

Eduardo Alastrué también fue detenido en la casa de sus padres en el mes de noviembre. Le condujeron al tribunal revolucionario de la calle Fomento para interrogarle. Según Jiménez Vargas, «cuando iban a sacarle para “darle el paseo” le dejaron en libertad, no se sabe cómo, con la condición de presentarse en el Ejército Rojo, en un plazo de ocho días»¹⁵. En vez de alistarse, se escondió en una pensión de la calle Ayala, con la esperanza de que acabara pronto la guerra.

Del 6 al 23 de noviembre de 1936 se produjo la batalla de Madrid, en el oeste de la ciudad. El intento de asalto de los sublevados fracasó porque las unidades regulares del Ejército republicano y la ayuda prestada por las Brigadas Internacionales mantuvieron las líneas de defensa estática. Mientras tanto, en la retaguardia se produjo una atroz acción represora. De acuerdo con la Consejería de Orden Público, miembros del Consejo de Investigación de la Dirección General de Seguridad —compuesto mayoritariamente por comunistas y anarquistas— practicaron sacas o exterminios masivos de presos. Entre el 7 de noviembre y el 4 de diciembre de 1936 se produjeron veinte sacas en las cárceles madrileñas. Unos dos mil quinientos reclusos —en su mayoría militares, líderes de las derechas y hombres de profesiones liberales— fueron fusilados en las inmediaciones de los pueblos de Paracuellos del Jarama y de Torrejón de Ardoz, al noreste de la capital¹⁶.

Dos de los miembros de la Obra estuvieron a punto de caer en la fosa. Jiménez Vargas recordaba que en la noche del 26 de noviembre el comité de la prisión llamó, de uno en uno, a los de su galería; después de interrogarlos, algunos regresaron, pero otros pasaron a un camión que aguardaba fuera. El joven médico pensó un plan para escabullirse: «Hicieron bajar a los de mi sala y luego a muchos dieron el paseo. Cuando solo faltaban 3 para que me tocara a mí y éramos muy pocos los que quedaba-

¹⁴ Cit. en Javier MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, Madrid 2012, p. 118.

¹⁵ Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A. 5, 221-1-3.

¹⁶ Cf. Julius RUIZ, *Paracuellos. Una verdad incómoda*, Barcelona 2015, pp. 288-331; Julius RUIZ, *El Terror Rojo. Madrid 1936, o. c.*, pp. 265-322.

mos por declarar, mi Ángel Custodio dispuso que suspendiesen la declaración hasta el día siguiente. Yo estaba dispuesto a no bajar. Me escondría en el retrete o aseguraría cínicamente que había declarado ya. Pero no me llamaron»¹⁷. Esa noche, cuarenta y tres hombres de su cárcel fueron fusilados en Paracuellos¹⁸.

El otro caso fue el de José María Hernández Garnica, preso en la Cárcel de San Antón. En la madrugada del 28 de noviembre las autoridades de la prisión le llamaron, junto con otros ciento setenta y nueve presos, y fue metido en un camión. A punto de salir, «uno de los carceleros le dijo: “Tú, bájate”»¹⁹. Se apeó y regresó a la celda. Todos los que iban dentro del camión murieron fusilados en Paracuellos del Jarama. Probablemente Hernández Garnica se salvó porque alguien advirtió que le habían abierto un proceso judicial unas horas antes²⁰.

Del resto de miembros de la Obra que estaban en otras zonas de la España republicana, la situación de Miguel Fisac, que vivía en Daimiel (Ciudad Real), se hizo muy difícil. Dos muchachas del servicio de su casa le habían delatado a un miliciano porque no se había alistado al Ejército. Sin saber qué hacer, un día a principios de octubre de 1936, «dando vueltas por la casa, en lo que llamábamos el gabinete y la sala, mirando al techo pensé que, encima del artesonado de madera del siglo XVI, había un pequeño espacio, posiblemente ideal, para ocultarme»²¹. Subió con una escalera de tijera y abrió un hueco en un casetón. Después, «metí primero el brazo y la cabeza y luego el resto del cuerpo, encontrándome como suponía con un espacio, entre formas de madera, de dos metros de largo

¹⁷ Diario de Juan Jiménez Vargas, 16-X-1936 a 20-XII-1936, en AGP, serie A. 2, 8-1-5.

¹⁸ Cf. “Relación nominal de los reclusos que han salido de este establecimiento en las fechas que se indican”, en *Causa General*, 1528, Exp. 4, ff. 220-238.

¹⁹ José Carlos MARTÍN DE LA HOZ, *Roturando los caminos. Perfil biográfico de D. José María Hernández Garnica*, Madrid 2012, p. 43.

²⁰ Cf. “Declaración de José María Hernández Garnica”, 27-XI-1936, en *Causa General*, 205, Exp. 11, f. 9; “Copia literal de una orden de ‘saca’ de presos, del día 27 de noviembre de 1936”, en *Causa General*, 1526, Exp. 3, f. 374 (en la lista, aparece tachado el nombre de José María Hernández Garnica); Recuerdo de Teresa y María Temes Hernández-Garnica, Madrid, 12-XII-1995, en AGP, JHG, T-60.

²¹ Jesús SEVILLA LOZANO, *Miguel Fisac. ¿Arquitecto de Dios o del “Diablo”?*, Madrid 2014, p. 112.

por uno y medio de ancho»²². De este singular modo, Miguel *desapareció* en la casa de sus propios padres. Cada quince días, las criadas salían de permiso. Entonces, Miguel disponía de tres horas con sus padres y su hermana, solos en la casa. Bajaba del zulo y «aprovechaba para bañarme, afeitarme, cortarme el pelo y cambiarme de ropa, todo a gran velocidad; y, luego, subía los panes, el queso, el aceite, los huevos, el agua... En los primeros meses no tuve problemas con el frío en aquel inhóspito lugar, pero cuando llegó el invierno me helaba»²³. Gracias a que no enfermó y a que no hizo ruidos que le delataran, Miguel estuvo en aquel peculiar escondite un año entero, hasta que Juan Jiménez Vargas se presentó en su pueblo el 27 de octubre de 1937 para sacarlo de allí provisto de documentación falsa.

Escapatorias

Las matanzas de Paracuellos marcaron un punto de inflexión en el uso de la violencia en la retaguardia republicana. Presionado por los representantes diplomáticos y la prensa internacional, el Gobierno restableció a los funcionarios de prisiones; creó el Cuerpo de Seguridad que sustituía a las fuerzas de represión; y mejoró los sistemas de justicia, de modo que, paulatinamente, los comités revolucionarios dieron paso a sistemas de justicia legal, como los Juzgados de Guardia o los Jurados de Urgencia, encargados de enjuiciar hechos que, sin revestir carácter de delito, se definían como hostiles o desafectos a la República²⁴. Estas medidas beneficiaron a los miembros de la Obra, pues Manuel Sainz de los Terreros fue puesto en libertad el 5 de enero de 1937; Juan Jiménez Vargas, el 10; y Álvaro Portillo, el 29. En cambio, José María Hernández Garnica fue condenado a ocho meses de prisión porque se le encontró en su domicilio una hoja a favor de Acción Popular.

En el plano militar, el Ejército rebelde no consiguió entrar en la capital española por el oeste en el mes de noviembre de 1936, ni tampoco lo consiguió en los intentos por el noroeste (Carretera de La Coruña), el sureste (en torno al valle del río Jarama) y el noreste (batalla de Guadalajara).

²² *Ibid.*, p. 113.

²³ *Ibid.*, pp. 116-117.

²⁴ Cf. Raúl C. CANCIO FERNÁNDEZ, *Guerra civil y tribunales: De los jurados populares a la justicia franquista (1936-1939)*, Cáceres 2007.

A finales de marzo de 1937, el general Franco resolvió continuar la campaña en el norte peninsular. Madrid quedaba con un frente activo pero estable, que no movería sus líneas de guerra hasta el final de la contienda.

En la retaguardia republicana, a medida que disminuía la violencia aumentaba el culto clandestino. A lo largo de 1937 florecieron las capillas en domicilios particulares. En Madrid hubo más de un centenar de casas en las que algunos sacerdotes impartían sacramentos y servicios religiosos. Los fieles católicos experimentaban una fuerte emoción porque asistían de nuevo a la celebración de la Misa o recibían el sacramento de la Penitencia; después, corrían la voz entre personas de confianza. De acuerdo con el Gobierno, la policía republicana toleraba estas actividades²⁵.

Aunque la etapa de terror revolucionario se mitigó sustancialmente, en la zona republicana no existía libertad de culto, algunos tribunales revolucionarios seguían activos, y se contaban por millares los presos por motivos religiosos, culturales y políticos. Ante este panorama, la expansión orgánica del mensaje del Opus Dei era impensable. Y, como era previsible el alargamiento de la guerra después de la batalla de Madrid, el fundador del Opus Dei resolvió entre enero y marzo de 1937 que los miembros de la Obra pasaran a la zona sublevada. Aunque no habían estado allí sabían que toda la jerarquía se encontraba en ese lado y que la Iglesia gozaba de protección. Según Jiménez Vargas, «ya no bastaba con quedarse encerrados en espera de una liberación próxima. Lo razonable era intentar el paso a la otra zona, lo antes posible»²⁶. Ahora bien, el fundador puso como condición para ser evacuado de la zona republicana que saldrían todos los miembros del Opus Dei y que él sería el último en irse. Nadie quedaría atrás.

Escrivá, Jiménez Vargas y Zorzano estudiaron las posibles estrategias de escapada. Llegaron a la conclusión de que había dos opciones viables. La primera consistía en alistarse en el Ejército para, a continuación, solicitar destino en el frente de guerra y cruzar las líneas hasta alcanzar la zona nacional; la desertión entrañaba cierto riesgo pero eran numerosos

²⁵ Cf. Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa en España. 1936-1939*, o. c., pp. 104-114; Teodoro CUESTA, *De la muerte a la vida. Veinte meses de una vida insignificante en el infierno rojo*, Burgos 1939; Florindo de MIGUEL, *Un cura en zona roja*, Barcelona 1956.

²⁶ Recuerdo de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 22-II-1985, en AGP, serie A.5, 221-1-3.

los soldados que lo hacían²⁷. La segunda opción consistía en expatriarse por vía diplomática. Por entonces era conocido que varias repúblicas americanas habían conseguido pactar con el Gobierno español la salida de los asilados en sus embajadas y legaciones. La primera fue la de Argentina, que evacuó a unos trescientos refugiados entre los meses de enero y febrero de 1937²⁸.

El 18 de febrero, José María González Barredo encontró refugio en el Consulado General de Honduras, situado en el Paseo de la Castellana de Madrid. Después de negociar con las autoridades consulares, consiguió puesto para José María Escrivá y su hermano Santiago, Álvaro Portillo, Eduardo Alastrué y Juan Jiménez Vargas, que entraron en la legación durante las semanas siguientes.

El alojamiento en la legación hondureña no resultó agradable. El apartamento acogía a treinta personas, hacinadas en unas pocas habitaciones. La falta de intimidad, de higiene y de alimentación fueron habituales. Además, la poca comunicación con el exterior daba lugar entre los asilados a estados de ánimo que a veces pasaban del aburrimiento a la ansiedad. También sus cuerpos se resintieron enormemente, que adelgazaron de manera drástica²⁹.

Sin posibilidad de salir a la calle, Escrivá se fijó varios objetivos con respecto al desarrollo del Opus Dei. Por una parte, los miembros de la Obra porfiaron para que la evacuación por vía diplomática se realizase lo antes posible. No pudieron llevarla a cabo porque el Ejecutivo de Tegucigalpa —dirigido por el dictador Cárías Andino— había reconocido al Gobierno de Burgos y, por tanto, las relaciones con la República española prácticamente habían desaparecido; otras gestiones con la legación de Chile y las embajadas de Turquía, Panamá y Suiza también fueron negativas. Por otra parte, intentaron presentar una reclamación ante el Gobierno republicano por los daños causados por un comité de la CNT en la Residencia DYA. Esta gestión, que se intentó llevar a cabo con la co-

laboración de las embajadas de Argentina y de Inglaterra, tampoco salió adelante.

En esos meses, José María Escrivá predicó a los que estaban con él en la legación hondureña. Sus comentarios del Evangelio reflejaban su mundo interior, en ocasiones con frases de fuerza espiritual:

«Hablémosle nosotros mismos en confianza amorosa, como amigos íntimos, como hermanos, como hijos. ¡Jesús, verte, hablarte! ¡Permanecer así, contemplándote, abismado en la inmensidad de tu hermosura y no cesar nunca, nunca en la contemplación! ¡Oh, Cristo, quién te viera! ¡Quién te viera para quedar herido de amor de Ti y, embriagado y sustentado de este amor, no cuidar ya de las cosas del mundo!»³⁰.

Con frecuencia, el fundador expresó su sufrimiento porque desconocía la situación de quienes estaban en otras ciudades: «Yo padezco en aquellos miembros de la Obra, hijos míos, que están ausentes, en la trinchera, en la cárcel, y comprendo perfectísimamente las palabras de San Pablo: “¿Quién de vosotros está triste y yo no estoy triste? ¿Quién de vosotros está enfermo y yo no estoy enfermo?”»³¹. Pero, al menos, contactó por correo postal con todos los miembros del Opus Dei residentes en la zona republicana. Les manifestó su cariño y les explicó cómo debían vivir el mensaje de la Obra en las particulares circunstancias de la guerra. Como existía censura de la correspondencia, estableció una sencilla terminología en clave. Por ejemplo, utilizó *Don Manuel* para referirse a Jesucristo, o *Pan* para la Eucaristía. También modificó los nombres; él mismo pasó a ser *Mariano* o el *abuelo*. Y, de modo semejante, empleó otros términos como *doctor*, para referirse al sacerdote; o *sanatorio* para mencionar la cárcel.

A pesar de las adversidades, Escrivá impulsó la propagación del Opus Dei. Dos personas se incorporaron a la institución en 1937. Una era Dolores Fisac, hermana de Miguel. Su caso fue singular porque el fundador y ella no se conocían personalmente. Invitada por Escrivá a formar parte de la Obra, contestó en el mes de agosto que «a sus preguntas le respondo que sí, le prefiero de veras sin género de duda a todos y me considero muy

²⁷ Cf. Pedro CORRAL, *Desertores. La guerra civil que nadie quiere contar*, Barcelona 2006.

²⁸ Cf. Javier RUBIO, *Asilos y canjes durante la guerra civil española*, Barcelona 1979, p. 28; Antonio Manuel MORAL RONCAL, *Diplomacia, humanitarismo y espionaje en la Guerra Civil española*, Madrid 2008, p. 570.

²⁹ Cf. Diario de Manuel Sainz de los Terreros, 5-IX-1937, en AGP, serie A. 2, 8-1-6.

³⁰ Meditación, noche del 3 al 4-VI-1937, en AGP, serie A. 4, 45-3-16.

³¹ Meditación, 7-IV-1937, en AGP, serie A. 4, 45-3-2.

feliz de tomar parte de su familia»³². La otra persona fue José María Albareda, catedrático del Instituto Velázquez de Madrid, que había sufrido el golpe del asesinato de su padre y de un hermano en los primeros meses de guerra. Albareda solicitó la admisión a Escrivá el 8 de septiembre³³.

Ante la imposibilidad de salida por vía diplomática, los miembros de la Obra optaron por soluciones distintas. Escrivá y Jiménez Vargas abandonaron la legación de Honduras a finales del verano de 1937. Luego, durante un mes y medio se hicieron con dinero suficiente —en parte prestado por familias conocidas—, y un repertorio de documentación falsa, conseguida a través de los contactos quintacolumnistas de Madrid. Concretamente consiguieron las tres credenciales que hacían falta para moverse con libertad: la afiliación a un partido o sindicato frentepopulista, un certificado de trabajo y un salvoconducto para trasladarse a otra ciudad. Escrivá, por ejemplo, obtuvo un carnet del “Sindicato único de funcionarios judiciales, abogados y funcionarios en general”, de la CNT-AIT; un certificado de trabajo como intendente del Consulado General de Honduras; y una concesión de un salvoconducto dada por el Sindicato Regional de Servicios Públicos, de la CNT-AIT.

Del 21 y el 26 de septiembre, Escrivá predicó unos singulares ejercicios espirituales a José María Albareda, Tomás Alvira y Ángel Hoyos de Castro; también acudieron a algunas meditaciones Zorzano y Jiménez Vargas. Como el encuentro de un grupo de personas podía infundir sospechas, cada uno —recordaba Alvira— iba «por separado al lugar de reunión, allí acudía el Padre, nos daba una meditación y salíamos, también por separado. Por la calle seguíamos meditando, rezábamos el rosario, etc. Después nos reuníamos en otra casa en la cual vivía otro del grupo y teníamos la siguiente meditación»³⁴.

³² Carta de María Dolores Fisac a José María Escrivá, Daimiel (sin fecha), en AGP, serie U.1.1, 118-30. La cuartilla tiene una anotación de Zorzano en la que indica que la recibió en Madrid el 20 de agosto. Por tanto, María Dolores Fisac la redactó pocos días antes. Cf. Yolanda CAGIGAS OCEJO, «Cartas de Josemaría Escrivá de Balaguer a Dolores Fisac (21 de mayo de 1937 - 16 de noviembre de 1937)», *Studia et Documenta* 4 (2010) 375-409.

³³ Cf. Enrique GUTIÉRREZ RÍOS, *José María Albareda. Una época de la cultura española*, Madrid 1970; Pablo PÉREZ LÓPEZ, «San Josemaría y José María Albareda (1935-1939)», *Studia et Documenta*, 6 (2012) 13-66.

³⁴ Recuerdo de Tomás Alvira, Madrid, 17-XI-1986, en AGP, serie A.1, 160-1-11.

El proceso de huida a la zona nacional de Escrivá y de sus acompañantes comenzó el 5 de octubre. El equipo se reunió en Barcelona. Formaban parte de la expedición el fundador, otros seis miembros de la Obra —Jiménez Vargas, Miguel Fisac, Manuel Sainz de los Terreros, Francisco Botella, Pedro Casciaro y José María Albareda—, y Tomás Alvira. El 19 de noviembre se trasladaron en autobús a Peramola (Lérida), donde tenía su base una red clandestina que pasaba personas a través de la cordillera pirenaica, aprovechando las rutas de contrabando. Después de pagar a los guías locales, se unieron a otro grupo de fugitivos, hasta formar una comitiva de unas cuarenta personas. El 27 de noviembre por la tarde se pusieron en camino. Durante cinco noches atravesaron a pie un extenso territorio de montañas y trochas paralelas al río Segre hasta llegar a Andorra en la madrugada del 2 de diciembre. Caminaron un total de ochenta y siete kilómetros y acumularon un desnivel positivo de cinco mil ochocientos metros. Fue una dura experiencia para unos hombres poco ejercitados y desnutridos.

El otro modo de paso a la zona nacional de miembros del Opus Dei se realizó mediante el alistamiento y posterior deserción del Ejército republicano. Se produjo en dos momentos distintos. El primero estuvo protagonizado por Ricardo Fernández Vallespín, que estaba destinado en un frente de guerra relativamente tranquilo, cerca de Vilel (Teruel). El 17 de mayo de 1937, según su recuerdo, «fui a las obras de fortificación que estábamos haciendo al otro lado del río Guadalaviar, calculando el tiempo para llegar a una segunda línea de fortificaciones, cuando hubiera terminado la jornada de trabajo y me escondí en un nido de ametralladoras, hasta que anocheció. Consumí las Formas consagradas que me quedaban para evitar el peligro de profanación si algo me fallaba y, arrastrándome por el suelo y guiándome por la estrella Polar, atravesé la primera línea roja y, unas horas después, me presenté en Villastar [Teruel], al mando militar nacional de esta posición»³⁵.

El segundo caso se llevó a cabo en un contexto distinto. En abril de 1938, la República española quedó dividida en dos territorios que no se comunicaban por tierra. El Gobierno todavía entabló una última batalla en torno al cauce bajo del río Ebro a finales del mes de julio. La pérdida de esta ofensiva llevó consigo el final de la guerra civil desde el pun-

³⁵ Recuerdo de Ricardo Fernández Vallespín, Madrid, 7-VII-1975, en AGP, serie A.5, 211-2-1.

to de vista militar. Por entonces, tres hombres del Opus Dei se alistaron al Ejército republicano. Eran Álvaro Portillo y Eduardo Alastrué, que estaban refugiados en la legación de Honduras de Madrid, y Vicente Rodríguez Casado, que estaba asilado en la legación de Noruega. Destinados en el frente norte de guerra, en Campillo de Ranas (Guadalajara), desertaron el 11 de octubre. Después de una larga caminata de treinta y un kilómetros, llegaron al día siguiente a Cantalojas (Guadalajara), que se encontraba en manos del Ejército nacional.

El resto de miembros de la Obra que permanecieron en la zona republicana hasta el final de la guerra civil sirvieron en el Ejército en puestos de retaguardia o en frentes estáticos: Rafael Calvo Serer en diversos pueblos del Levante; José María González Barredo en Madrid; José María Hernández Garnica en Baza (Granada); y Miguel Bañón en Guadalajara. Quizá el caso más singular fue el de Calvo Serer que fue destinado a las Brigadas Internacionales hasta agosto de 1938, cuando fue declarado inútil total para el servicio por padecer problemas respiratorios.

En Madrid quedó Isidoro Zorzano. Demacrado por la falta de alimentación y por el desgaste psicológico que producían los bombardeos y los incesantes bulos, pesaba cuarenta y cinco kilos y en varios momentos estuvo enfermo. En las fases finales de la guerra tuvo contacto con elementos de la quinta columna. Concretamente, a través de sedes diplomáticas, según un apunte propio, envió «datos del emplazamiento de líneas, de armamento y facilitaba documentaciones falsas a los desgraciados que estaban en cárceles y embajadas»³⁶.

Además, Zorzano fue el hombre de enlace entre los de la Obra de zona republicana. Escribió a los que estaban destinados en el Ejército y a Dolores Fisac, visitó a las familias de los miembros del Opus Dei que estaban en Madrid y, cuando pudo, les entregó algo de comida. También actuó como ministro extraordinario de la Eucaristía, pues recibía formas consagradas en apartamentos privados donde había culto clandestino y las distribuía a personas de confianza.

³⁶ Carta de Isidoro Zorzano a Saturnino Cobos, Madrid, 15-IV-1939, en AGP, IZL, C-390415.

La "experiencia" de la guerra

La violencia anticlerical desatada al inicio de la contienda militar llevó consigo que, como muchos católicos, los miembros del Opus Dei rechazaran a la República en guerra. En cambio, sabían que en la zona nacional la Iglesia católica estaba protegida y que los obispos y clérigos desarrollaban su actividad pastoral con libertad. Por este motivo —al que se unían en algunos casos la defensa de los valores tradicionales de España— apoyaron la victoria del bando sublevado.

Con todo, José María Escrivá era consciente de que no se trataba de una guerra de *buenos y malos* porque había abusos en ambas zonas. A Jiménez Vargas le dijo que pedía «por el triunfo del ejército porque dice el V. [Padre] que es el ejército de la cruz igual que en Lepanto o Las Navas, aun con todas sus miserias humanas, también como aquellos»³⁷. Y en una meditación de abril de 1937 dijo que deseaba el triunfo del «Ejército que defiende las ideas cristianas»³⁸ sobre el republicano: «¿Cómo no hemos de pedir para ellos, para todos, la derrota pronta y definitiva de los rojos, el fin de esta guerra? Y esto, no por orgullo, no por motivos humanos, sino por Ti, para que cesen estos horribles sacrilegios, estos atentados nefandos»³⁹.

Ante la guerra civil, Escrivá sugirió a los miembros de la Obra algunas líneas de pensamiento. Explicó, en primer lugar, que la guerra solo podía definirse como una tragedia, un drama en el que había sucumbido el país y del que se debía salir lo antes posible. Era consciente de que la solución no solo no era sencilla, sino que apuntaba a conflictos de carácter internacional: «Ahora parece que una fiebre de locura sacude a todas las naciones. Ciegamente quieren destrozarse unas a otras y nada parece anunciar un periodo de paz, sino, al contrario, nuevas tragedias semejantes a la que está sufriendo España»⁴⁰.

Escrivá no deseaba la aniquilación del contrario ni se alegraba del sufrimiento o guardaba rencor a los asesinos y violentos. Al yerno del cón-

³⁷ Notas de Juan Jiménez Vargas del 29-VII al 29-VIII-1936 (anotación del 30-VII), en AGP, serie A.2, 8-1-2. Por entonces, la noticia de los asesinatos de muchos sacerdotes era de dominio público.

³⁸ Meditación, 7-IV-1937, en AGP, serie A.4, 45-3-2.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ Meditación, 28-VIII-1937, en AGP, serie A.4, 45-3-44.

sul de Honduras le llamó la atención la ecuanimidad del fundador, que «nunca se pronunció con odio ni con rencor enjuiciando a nadie; por el contrario, solía decir: “Esto es una barbaridad: una tragedia”»⁴¹. En concreto, «cuando los demás celebrábamos victorias [de los nacionales], don José María permanecía callado»⁴².

Escrivá indicó a sus hijos espirituales que cada uno era libre para pensar cuáles eran las mejores soluciones políticas para España, también en lo que hacía referencia al final del conflicto armado. Subrayó, en cambio, que su actitud debía ser de perdón cristiano. En agosto de 1936, Escrivá le dijo a Jiménez Vargas, sobre las sindicalistas que se habían apropiado indebidamente de la Residencia DYA, «que los perdona y que los perdone yo también. Yo los perdono, aunque en realidad no hay de qué porque nunca les he tenido rencor. Y a mí personalmente no me han hecho nada»⁴³.

A la vez, les invitó a no perder de vista cuál era su misión, que iba más allá de la situación política y social de un país. Estaban llamados a expandir por el mundo un mensaje cristiano, como les dijo en la primavera de 1937: «Sí, España; pero, antes que España, Dios y su Iglesia. Porque ¿qué vale España, Dios mío, si Tú me has mandado conquistar todo el mundo?»⁴⁴. Tenían que mirar hacia delante, con la seguridad de que encontrarían el modo de difundir su carisma: «Hoy advertimos que este contraste es más radical, más profundo; el odio a Jesucristo, con nuestro deseo de servirle y amarle; la inquietud, la fiebre de afuera, con nuestra paz interior; la disipación y la agitación exteriores, con nuestro recogimiento, con nuestra intención de conocerle y conocernos»⁴⁵.

Estas ideas fueron recibidas y asimiladas por los miembros de la Obra. Por ejemplo, en noviembre de 1937, Pedro Casciaro se evadió de la zona republicana a la sublevada porque deseaba ayudar a Escrivá a expandir el Opus Dei; le hubiese resultado más sencillo permanecer en Albacete,

⁴¹ Recuerdo de José Luis Rodríguez-Candela, Madrid, 11-X-1975, en AGP, serie A.5, 241-2-4.

⁴² *Ibid.*

⁴³ Notas de Juan Jiménez Vargas del 29-VII al 29-VIII-1936, en AGP, serie A.2, 8-1-2.

⁴⁴ Meditación, 9-IV-1937, en AGP, serie A.4, 45-3-4.

⁴⁵ Meditación, 24-VI-1937, en AGP, serie A.4, 45-3-22.

donde su padre era teniente alcalde de la ciudad, además de presidente del comité de Izquierda Republicana de la provincia. Otro caso es el de Álvaro Portillo, que estaba refugiado en la legación de Honduras desde marzo de 1937. En junio de 1938, planteó a Isidoro Zorzano su incorporación al Ejército republicano para, a continuación, pasarse a la zona nacional. En sus palabras, si otros se evadían por razones exclusivamente patrióticas, él deseaba hacerlo porque quería colaborar con el fundador en la expansión del Opus Dei: «ya sabes los deseos tan grandes que tenemos de prestar al abuelo [Escrivá] una colaboración activa en su negocio»⁴⁶.

La guerra civil acabó en abril de 1939. Como ocurrió con el resto de españoles, la vivencia de la guerra en zona republicana marcó la vida de los miembros del Opus Dei. En lo que hace referencia a la represión, sufrieron el terror revolucionario y la discriminación legal y social, manifestados entre otras circunstancias en que seis de ellos estuvieron asilados en sedes diplomáticas, cuatro fueron encarcelados, uno pasó por una checa y otro fue detenido por la policía. Además, de los veintiún varones y cinco mujeres con que contaba la institución al principio de la guerra, solo quedaban doce varones y dos mujeres; del resto, dos habían muerto y diez habían dejado la Obra. Y la única propiedad adquirida por algunos profesionales que eran del Opus Dei —el edificio de la calle Ferraz 16, sede de la residencia DYA— había sido destruida por las bombas. Pero la pérdida de personas y de medios materiales no le preocupaba al fundador. Contaba con hombres que habían permanecido con él durante los tres años del conflicto armado y, sobre todo, se sentía optimista ante la nueva hora que se abría para la Iglesia española y ante su personal llamada a irradiar el mensaje del Opus Dei⁴⁷.

Bibliografía

José Luis ALFAYA, *Como un río de fuego. La persecución religiosa en Madrid en 1936*, Madrid 2017.

⁴⁶ Carta de Álvaro Portillo a Isidoro Zorzano, Madrid, 6-V-1938, en AGP, serie B.1.5.

⁴⁷ Cf. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN y John F. COVERDALE, *Historia del Opus Dei*, Madrid 2021, p. 81. Escrivá indicó cuál era el vocablo que resumía su pensamiento en esos momentos: «esta palabra, que debe ser característica de vuestro ánimo para la recuperación de nuestras actividades ordinarias de apostolado, es *Optimismo*» (Carta circular, Burgos, 9-I-1939, en AGP, serie A.3.4, 256-2).

Yolanda CAGIGAS OCEJO, «Cartas de Josemaría Escrivá de Balaguer a Dolores Fisac (21 de mayo de 1937 - 16 de noviembre de 1937)», *Studia et Documenta* 4 (2010) 375-409.

Raúl C. CANCIO FERNÁNDEZ, *Guerra civil y tribunales: De los jurados populares a la justicia franquista (1936-1939)*, Cáceres 2007.

Javier CERVERA, «Violencia en el Madrid de la Guerra Civil: los paseos (julio a diciembre de 1939)», *Studia historica. Historia contemporánea* 13-14 (1995) 63-82.

Javier CERVERA, *Madrid en Guerra. La ciudad clandestina (1936-1939)*, Madrid 1998.

Pedro CORRAL, *Desertores. La guerra civil que nadie quiere contar*, Barcelona 2006.

Teodoro CUESTA, *De la muerte a la vida. Veinte meses de una vida insignificante en el infierno rojo*, Burgos 1939.

Francisco ESPINOSA, *Violencia roja y azul. España, 1936-1950*, Barcelona 2010.

José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *El clero en la Segunda República. Madrid, 1931-1936*, Burgos 2011.

José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*, Madrid 2016.

José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *Escondidos. El Opus Dei en la zona republicana durante la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid 2018.

José Luis GONZÁLEZ GULLÓN y John F. COVERDALE, *Historia del Opus Dei*, Madrid 2021.

Enrique GUTIÉRREZ RÍOS, *José María Albareda. Una época de la cultura española*, Madrid 1970.

Santos JULIÁ, *Víctimas de la guerra civil*, Madrid 1999.

José Luis LEDESMA, «La santa ira popular del 36: La violencia en guerra civil y revolución, entre cultura y política», en Javier MUÑOZ, José Luis LEDESMA y Javier RODRIGO, *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, 2005, pp. 147-192.

José Luis LEDESMA, «*Delenda est Ecclesia*. Sulla violenza anticlericale e la Guerra civile del 1936», en Alfonso BOTTI, *Clero e guerre spagnoles in età contemporanea (1808-1939)*, Soveria Mannelli 2011.

José Luis LEDESMA, «Enemigos seculares: la violencia anticlerical (1936-1939)», en Julio DE LA CUEVA y Feliciano MONTERO, *Izquierda obrera y religión en España*, Alcalá de Henares 2012, pp. 219-244.

José Carlos MARTÍN DE LA HOZ, *Roturando los caminos. Perfil biográfico de D. José María Hernández Garnica*, Madrid 2012.

Ángel David MARTÍN RUBIO, *La Cruz, el perdón y la gloria. La persecución religiosa en España durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Madrid 2007.

James MATTHEWS, *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la guerra civil, 1936-1939*, Madrid 2013.

Javier MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, Madrid 2012.

Florindo de MIGUEL, *Un cura en zona roja*, Barcelona 1956.

Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa en España. 1936-1939*, Madrid 1999.

Antonio Manuel MORAL RONCAL, *Diplomacia, humanitarismo y espionaje en la Guerra Civil española*, Madrid 2008.

Pablo PÉREZ LÓPEZ, «San Josemaría y José María Albareda (1935-1939)», en *Studia et Documenta*, 6 (2012) 13-66.

Javier RUBIO, *Asilos y canjes durante la guerra civil española*, Barcelona 1979.

Julius RUIZ, *El Terror Rojo. Madrid 1936*, Barcelona 2012.

Julius RUIZ, *Paracuellos. Una verdad incómoda*, Barcelona 2015.

Jesús SEVILLA LOZANO, *Miguel Fisac. ¿Arquitecto de Dios o del "Diablo"?*, Madrid 2014.

Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, I*, Madrid 1997.